

Aprendiendo a orar en la lección de la Cruz¹

- a) La Cruz y la oración en el Antiguo Testamento:
Éxodo 30:1-10; Isaías 53:12 y 49:14-16; Proverbios 27:6; Salmos 32:1-6.
- b) La identificación: Salmo 50:5, 14-33; Proverbios 20:30; Salmo 51:17; Isaías 57:15-18; 2º Crónicas 7:14; Miqueas 6:8, 9; Proverbios 23:26; Jeremías 29:10-14; Salmo 37:4; Salmo 145:18-20.
- c) Ejemplos: Job 16:11-17; comparar 42:1-10; Salmo 119:67-75, 136 y 169-176; Jonás 2:1-11.

Debemos aprender ahora las oraciones vivas al pie de la Cruz y hemos de ir en espíritu reverente para que Cristo crucificado nos enseñe a orar.

La lección se halla en los dos Testamentos: en el Antiguo y en el Nuevo. Las citas bíblicas no son exhaustivas, pero son las más directas de las muchas que existen en la Biblia sobre ese tema.

El Antiguo Testamento es un elemento profético utilizado por la divinidad para predecir las cosas que habían de venir, y todas ellas dirigidas hacia el punto central de la historia: la Cruz de Jesucristo. El tema principal del Antiguo Testamento en las profecías es Jesucristo, y éste crucificado. Así fue predicho mil quinientos años antes de que ocurriera.

En Éxodo 30:1-10 vemos que cuando Dios ordenó a Moisés que edificara el tabernáculo (tienda de campaña que venía a ser el templo donde debían de ser ofrecidos los sacrificios y sus libaciones), después de tallar la forma, dimensiones, etc., le ordenó edificar un altar de madera revestida de metal sobre el cual se ofrecerían los sacrificios del pueblo (Éx. 27). El segundo altar era también de madera, pero estaba revestido de oro, y era donde se ofrecerían los perfumes (sahumerio, incienso) que subían simbólicamente hacia Dios. El verso 10 nos dice que ese segundo altar, el del perfume, tenía que ser ungido con la sangre del primer altar donde se ofrecían los sacrificios y ofrenda de expiación para la reconciliación. Esto era la figura de la Cruz de Cristo.

El primer altar era la figura de la Cruz, y el segundo altar, el del perfume, era donde se ofrecían las oraciones de los santos. Notemos que era necesario tocar el segundo altar con la sangre de la reconciliación, la cual es un símbolo de la sangre de Cristo. El metal era un símbolo del derramamiento de la justicia; la madera de aquel altar simboliza el cuerpo de Cristo, y la sangre en el altar simboliza la sangre de Cristo. En Apocalipsis 8:3 está explicado el uso del altar y las oraciones que suben a Dios, pero rociadas con la sangre de Cristo. Qué triste es pensar en los rezos

¹ Tomado de: Armando Di Pardo, *APRENDIENDO A ORAR EN LA LECCIÓN DE LA CRUZ*, pp. 33-36.

Utilizado con permiso de la Escuela Bíblica de Teología "A.L.E.R.T.A.", Grl. Enrique Martínez 889, Buenos Aires, Rep. Argentina.

aprendidos de memoria, que no tienen eficacia alguna, pues no están mojados con la sangre del sacrificio.

Nadie puede pretender que Dios lo escuche si antes no se ha reconciliado con Él. Dios es justo; el hombre, pecador; en consecuencia, Dios no puede escuchar a ese hombre si ese hombre no se ha reconciliado con Él por medio de la sangre de la Cruz.

Por eso decía Pablo que tenemos libertad de entrar en el santuario por la sangre de Jesús. Es necesario que nuestras oraciones sean, primero, limpiadas por la sangre de Jesucristo para que así, dignificadas, puedan tener eficacia y virtud.

En Isaías 53:12 se nos presenta una profecía que encierra un orden en la relación sacrificio-oración de Jesucristo en nuestro favor. Se nos dice: “Por tanto yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los perversos, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores.” Romanos 8:34 aclara la anterior profecía estableciendo el mismo orden. O sea, en mérito a su muerte, sacrificio y resurrección, Él intercede por nosotros, pues Él es quien llevó nuestros pecados y derramó su sangre por nosotros. Esta relación sacrificio-oración no se puede romper, pues Él no podría interceder de no haber llevado a cabo su sacrificio por los pecadores. La intercesión tiene valor, porque tuvo valor la sangre del sacrificio.

Isaías 49:14-16 nos muestra claramente que el hecho de la muerte, de la virtud de su sangre y el que esté sentado a la diestra de Dios, hace que jamás se pueda olvidar de nosotros.

El profeta Isaías, ocho siglos antes del hecho histórico de la Cruz de Cristo, estampa en un versículo solemne y glorioso esta bendita verdad: “Cristo no puede olvidarse de nosotros, porque murió por nosotros.” Y el hecho es que las manos de Cristo llevan las marcas indelebles en las cuales nos ve a nosotros esculpidos en ellas; por mí tienen sus manos esculpidas para siempre.

Jamás un ser humano que confía en esas marcas ha de verse olvidado por Jesús. Esas marcas son, por la eternidad, el baluarte de la eficacia de todas las oraciones.

Proverbios 27:6 contiene un elemento profético de las heridas fieles que hacen que nuestras oraciones sean aceptadas. El amor con el cual Cristo nos amó está sellado con las heridas fieles de Cristo. Estas heridas perseverarán hasta el fin en eterna fidelidad.

Como comparación citamos Zacarías 13:6. Allí hallamos una vez más las heridas de Jesús. Él clama para que el pecador venga a inquirir por sus heridas. Llama a que las vea. Cristo dijo una vez “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí”, y ahora muestra sus heridas como las señales del camino. Éstas son las heridas marcadas en la Cruz. Señales que le hacen santo, perfecto, verdadero y puro a Él, para así hacernos a nosotros salvos y permitarnos llegar hasta la presencia santísima del Padre.

El Salmo 32:1-6 nos cuenta de la bienaventuranza del alma cuyas iniquidades son perdonadas y borrados sus pecados: es el acto mismo de la reconciliación.

Continúa el Salmo: “Por eso orará a ti todo santo...”, es decir. Aquellos que vienen a la sangre de Cristo y son reconciliados por esa sangre. Es entonces por ello que pueden presentarse aceptos ante la presencia de Dios.

Es gracias a la sangre de Jesucristo que yo puedo orar a Dios mientras pueda hallar a Dios. No así en los tiempos cuando nos apartamos por nuestra dureza y carnalidad en abominaciones delante de Él; en esos tiempos no hemos de hallar a Dios. Pero cuando en arrepentimiento y confesión (v. 5) somos mojados con la sangre de Cristo, entonces sí, nuestras oraciones llegarán hasta la misma presencia de nuestro Padre celestial.

Podemos presentarnos delante del trono de Dios en cualquier momento, si nos presentamos primero a la Cruz de Cristo para recibir la virtud que de ella emana. Entonces, nuestras oraciones, empapadas en esa virtud, se transformarán en aquellas que “pueden mucho”.

El verso 6 reza: “Por esto orará a ti todo santo”, lo cual significa una diferente relación con Dios y una diferente vida actual del pecador. Esto demanda ser santos, y hemos de aprender a través de nuestra identificación con su Cruz y sacrificio.